

IN MEMORIAM

Le conocí en 1972. Era uno de los primeros días de marzo. Con la ilusión de mi reciente nombramiento como médico residente de la Ciudad Sanitaria La Paz, hice la oportuna presentación ante el jefe del que sería mi departamento, el de Rehabilitación, quien me asignó como tutor a un jefe clínico, que rondaba la cuarentena, de aspecto menudo y enjuto y de trato afable. Era el Dr. Aniceto Martínez Poza, del que entonces no pude presumir que marcaría tanto mi futura trayectoria en la especialidad.

Pasé gran parte de mi período como médico residente a su lado, lo que permitió que accediera a una forma distinta de entender la Medicina, según la cual las bases técnicas se enriquecían con principios humanísticos y sociales, que él a su vez había aprendido de Ricardo Hernández, aquel pionero innovador que tanto contribuyó al desarrollo de una especialidad diferente. Los dos firmamos en aquellos tiempos mis primeras publicaciones. Y en su proximidad asistí, poco tiempo después, a su ascenso y nombramiento de jefe de servicio.

Con su jefatura se operó un sensible cambio. Los hábitos asistenciales se liberaron y con su habilidad de “castellano viejo”, que lo era, supo reordenar y repartir las responsabilidades entre las diferentes secciones creadas. Mantuvo especial interés en la formación de las numerosas promociones de MIR, y nunca frenó la iniciativa individual de los que, entonces jóvenes, mostrábamos la ambición de nuevos retos en la Rehabilitación.

Con gran respeto y gratitud recuerdo su comportamiento conmigo durante los 2 años que precedieron a su jubilación, en junio de 2003. Se esforzó en canalizar su sucesión hacia mi persona, y me confió su experiencia tras más de 20 años en la jefatura del Servicio.

Hoy, con hondo pesar y aún con un “nudo en el estómago” he vivido sus últimos momentos, que de forma injusta han truncado ese período de legítima serenidad y gozo en compañía de los suyos, que deben de significar los años de jubilación.

Los caprichos del destino han querido también que este malrecordado septiembre haya arrancado la vida de otro rehabilitador relevante, muy ligado a mis afectos, Javi Vergara, con el que tuve la fortuna de colaborar cuando él ejercía de Consejero de Sanidad de Osakidetza, en un fascinante proyecto sobre la Atención Primaria que, a la sazón, era un término apenas conjugado en el ámbito sanitario nacional.

A vosotros dos, Aniceto y Javier, mi sentido recuerdo, mi respeto y mi gratitud.

Descansad en paz.

J.L. Miranda Mayordomo